

Capítulo

1

Ahora me despierto temprano. Pero antes, inmediatamente antes de que eso se produzca, dedico a Alice y a la librería el espacio de beatitud que está a caballo entre el sueño y la vigilia. Ese *momento* se anuncia alrededor de las seis, como mucho a las seis y cuarto, cuando el mejunje de hierbas que ha sustituido a las pastillas rompesueños ha cumplido con su deber dejándome clavada a la cama con los ojos bien abiertos y una única sorpresa: las mejores ideas se componen en el silencio hueco de mi habitación.

Y el corazón se apacigua.

Mis tempranos despertares tienen un lado molesto: nada más comer me deslizo en un lamentable estado de letargo y los párpados se cierran como unas puertas metálicas. Si pudiera me cruzaría de brazos sobre el mostrador de la librería y apoyaría la cabeza para echarme una siesta, aunque fuera breve, o me tumbaría sobre el kilim que tengo a mis pies con la nariz entre las patas y la cola reclinada a un lado como *Mondo*, el setter gordon de Gabriella.

Es evidente que no puedo, así que me contengo.

Para sacudirme la pereza voy al piso de arriba y, con la excusa de llenar el termo, me refugio en el rincón que he dedicado al reposo.

No tiene nada de especial, no es una cafetería en el verdadero sentido de la palabra, consiste tan sólo en dos sillones y en varias mesas y sillas de bar que compré en el mercadillo de la Porte de Clignancourt y que luego me enviaron como si fuesen las reliquias de un santo, dado el precio que tuve que pagar por el transporte.

A las diez en punto Sueños & Hechizos abre sus puertas al mundo.

El horario no es casual. Es raro sentir la necesidad de hojear las páginas de una historia de amor nada más desayunar o justo antes de sentarse más tieso que un palo delante del ordenador de la oficina. En caso de que se trate de un lector insomne, mi artesanal *salle de thé* no es el lugar más adecuado. Los estados de ánimo complejos, como la euforia del enamoramiento, el dolor que produce el abandono inexplicable, el remordimiento que siente el que ha perdido una ocasión, el aturdimiento de la primera noche o la repentina decisión de follar no se ahogan en el café con leche, a pesar del confortante refinamiento de las tazas de porcelana y de los vasos de cristal que se exponen alineados como si se tratase de un batallón de soldados rechonchos. Nada de vasos de papel de *coffee break* aquí dentro, ni siquiera cruasanes, bollos con uvas pasas o los trozos de pastel típicos de las novelas victorianas: no tengo permiso para vender artículos de consuelo sólidos y jamás he preparado un soufflé.

Antes de abrir el local inhalo mi hora de libertad y me dedico a quitar el polvo. Mi puño ligero, apenas un cosquilleo en descenso, guía la danza del plumero sobre los cantos y las cubiertas. El palo de bambú y la nube de plumas de oca en la punta son un homenaje a mi vieja tata. Se llamaba Maria («como la Callas», decía, orgullosa de ser portadora de un nombre tan consistente y digno) y sacaba brillo a los muebles del comedor entonando *Grazie dei fior* y *Vola Colomba*. Cuando regresaba del colegio por la tarde me las encontraba sentadas en la cocina, a ella y a mamá, hablando por los codos. Escuchaba a escondidas los desahogos de una vida desgraciada y, a mis ojos de niña con una imaginación en exceso fértil, Maria era un infatigable modelo de paciencia ante la adversidad.

Mientras quito el polvo canturreo. Canciones pop de los años setenta, la antología de Lucio Battisti, de los Beatles y de Bruce Springsteen. Excluyo las arias de ópera, demasiado complejas para mi débil vocecita. El polvo revolotea en el aire provocándome unos estornudos sincopados de alérgica, pero la tarea de desempolvar es una gimnasia necesaria y el plumero un aliado seguro: se relaciona con los títulos y los escritores, memoriza las portadas, echa un vistazo a las tramas que figuran en las solapas, encuentra a los ausentes, recupera a los que han caído injustamente en el olvido. La silenciosa llamada de la mañana es una bienvenida a las novedades, una forma de intimidad con las novelas que desconozco, la posibilidad de entrelazar historias sin vínculos de género, siglos o ambientaciones. Desde la lúgubre morada de Thornfield Hall, Jane Eyre confiesa la desesperada adoración que siente por Rochester a la impasible Elisabeth Bennet, que simula escapar del astuto señor Darcy, mientras que, guarecido en el sector «Amores bajo el hielo», el señor Stevens suspira encerrado en un testarudo mutismo por la señorita Kenton a la vez que saca brillo a la plata y se traga la envidia que siente hacia *La mujer del teniente francés*, cuya historia escribió John Fowles y que hace compañía a la carta de Mary McCarthy a Hannah Arendt que me regaló Gabriella para la inauguración en la vitrina de los «Intocables».

Es una infracción, lo sé.

Los manuales para librerías establecen unas reglas precisas para quitar el polvo e insisten sobre la necesidad de ordenar la mercancía —según la llaman los indolentes— por la noche, antes de cerrar. Yo, en cambio, prefiero dejar que los volúmenes dormiten sobre las mesas. Que se enfrenten a la noche solos, libres y sin dueña.

No fue un paso fácil.

Construir un dique para contener mi desmesurada bulimia afectiva requirió un laborioso entrenamiento. El toque de alarma sonó cuando empecé a sentir la guillotina en la boca del estómago cada

vez que pretendía comer algo. Normalmente sucedía por la tarde, a eso de las cuatro. Opté por las cosas ligeras, reconsideré la soledad cromática del arroz con aceite, me convertí en una apasionada de las dietas hospitalarias, eliminé la carne roja y devoré batidos de verdura cocida e insulsa. En vano. La hoja invisible regresaba puntual a la hora del té. Vivía en un indefinible estado de espera, presagiaba un cambio, pero no sabía qué hacer ni por dónde empezar.

Buscaba la sencillez.

Necesitaba espacio, atención y dejar de pasarme la vida entre un avión y otro. De manera que, antes de abandonar definitivamente esa existencia, suspendí durante varios años los viajes de trabajo alrededor del mundo y me refugié en el blanco anonimato de Arvidsjaur, un pueblo de la Laponia sueca. Entre filetes de reno y jarras de cerveza oscura trataba de urdir una estrategia que me abriese la posibilidad de llevar una vida digna de ser llamada así. Hasta que un día, en el curso de una excursión «exclusiva e inolvidable» por la landa de hielo en compañía del gigante rubio que me había reservado el hotel y de la que yo disfrutaba acurrucada en un trineo, a unas tres cuartas partes de mi metro y sesenta se encendió la señal, una pantalla interior en la que parpadeaba una única frase: ES HORA DE CAMBIAR. Fue como nacer por segunda vez, pese a que no recordaba mínimamente cómo había sido la primera.

De vuelta en Italia me encontré con la convocatoria del notario Predellini, que luego resultó ser una atractiva señora de unos cuarenta años con la que mi tía se había puesto en contacto. El silbido del tren que pasa una sola vez y al que hay que subirse sin pensárselo dos veces sin importar cuál sea su destino.

Eres «ingenua, imprudente y cabezota. Te lo digo con afecto, Emma, te has vuelto loca». La retahíla de insultos tiene el timbre de barítono del Enemigo Fiel. Se llama Alberto, es asesor fiscal, además del marido de mi mejor amiga desde hace veinticinco años, y ha acarado mi proyecto desde el principio antes de sentenciar: «No funcionará». La pesadilla de la insolvencia, del fracaso y de la miseria en que me iba a hundir durante los próximos seis meses me perseguía como el fantasma de Banco, a causa, entre otras cosas, de mi igno-

rancia en materia financiera, de mi incompetencia abismal para las materias científicas, para resolver enigmas, para hacer punto de cruz o para criar cualquier tipo de raza canina.

«No funcionará», canturreaba como si se tratase de un mantra el Enemigo Fiel. Lo invité a cenar, él y yo solos, con la intención de enseñarle al menos las fotografías.

Estaba a dieta.

Tras desechar la pasta con salsa, me decidí por la lubina al vapor con patatas tempranas, las alubias con aceite y un Trebbiano d'Abruzzo que me había costado una fortuna. Por si acaso renunciaba a su rígido protocolo compré en Cova un pastel de chocolate que había que servir con el mejor vino de postre del mundo, el jerez Pedro Jiménez. El sablazo era necesario para convencerlo de mi proyecto.

—Aquí tienes. He fotografiado las habitaciones para que puedas hacerte una idea del ambiente. Cuando tengas un rato te llevaré a verla. *Ya* es preciosa y con unos cuantos retoques puede convertirse en una auténtica maravilla. Bastará dar una mano de pintura a las paredes, lijar el parqué, cambiar de sitio los mostradores, añadir un par de mesas y restaurar las estanterías.

Cuando temo una reacción susceptible de interponerse a mis deseos exagero con los detalles.

—Pareces una niña jugando a las tiendas. «Buenos días, señora, ¿en qué puedo ayudarla? ¿Se lo empaqueto?», ese tipo de gilipolleces. Es la crisis de la mediana edad, Emma, tarde o temprano todos pretendemos detener el paso del tiempo cambiando de vida. Se llama adolescencia de regreso. ¿Por qué no te vas de viaje con Gabriella?

—Venga, y también un *lifting* y una liposucción en los muslos. Quiero estar tranquila. Enséñame las reglas comerciales básicas. Sóóóólo te pido que me echés una mano.

—La competencia es despiadada, Emma. Tendrás que enfrentarte a los centros comerciales, unos tiburones que aplican unos descuentos del quince al veinte por ciento sobre el precio que figura en la cubierta. Por no mencionar las ventas en Internet: eliges un título en el ordenador, pulsas ENVÍA y pasados unos días recibes la mercancía en casa. Te estás metiendo en la boca del lobo.

—¡Sólo ves el lado negativo de las cosas! Y además será una librería especializada, no una cualquiera.

—Los libros en idioma original se venden ya en todas partes.

—No me refería a eso. No existe una librería especializada en el amor.

—¡Dios mío! Es una broma, ¿verdad? ¿O ya has decidido pintar las paredes de color rosa peladilla? Es paraliteratura, Emma, los quioscos están abarrotados de novelitas rosas.

—Será una auténtica novedad. Mira que ni siquiera en Londres o en París...

—Precisamente. Deberías preguntarte el motivo. El amor es un tema demasiado parcial como para resistir un balance. Algo parecido a la petanca, al ajedrez o a los caballos. Cosa de especialistas, de unos cuantos exaltados.

—Alberto, la historia de la literatura, *toda* la historia de la literatura es un flujo ininterrumpido de amor. No se trata de un género en vías de extinción, como los osos panda, la foca enana o las gallinas. Animales de museo, documentales de *National Geographic*.

—Los niños saben de sobra qué es una gallina; además, no es un animal en vías de extinción.

—Prueba a entrar en una escuela primaria de Milán y pedir a los alumnos que te dibujen una. De un total de diez cinco no sabrán hacerlo. ¿Sabes por qué? Porque nunca han visto un ejemplar vivo *en la realidad*.

—En resumidas cuentas, que vender novelas es una ruina y abrir una librería dedicada al amor un fracaso asegurado. Una gilipollez, sin ánimo de ofender.

—Te ruego que me creas, Alberto, nadie puede competir con la gracia disoluta del conde Vronsky, alardear del cutis de alabastro del príncipe Andréi, confabular como la marquesa de Merteuil o dar un vuelco a tu vida como ese sinvergüenza de Heathcliff —repliqué con un orgullo vacilante. Era un diálogo de sordos.

Mi asesor fiscal no tenía la menor idea de quién era Heathcliff.

—Devánate los sesos, cuenta hasta diez antes de responderme y explícame qué puede empujar a un cliente a adquirir libros en tu

tienda en lugar de hacerlo en el supermercado el sábado por la mañana aprovechando la compra de la semana.

Doy un sorbo al agua con gas, me tomo mi tiempo, y escancio el Trebbiano en su copa. Soy una abstemia ortodoxa, por lo que desconozco el poder del alcohol y me fío de él ciegamente.

—Prueba a decirle a un dependiente anónimo de uno de esos inmensos centros comerciales que lleva prendido en la chaqueta el distintivo ME LLAMO MARCO F.: «Perdone, he reñido con mi novia, ¿me puede aconsejar un libro para hacer las paces?». Marco F. se concentrará en la pantalla de su ordenador mientras teclea el tríptico novia + riña + reconciliación confiando en que el aparato emita una suma algebraica disfrazada de respuesta inteligente o, sin dignarse mirarte a la cara, apuntará con el dedo a la sección de ensayos que se encuentra «al fondo a la izquierda». El ensayo, ¿me entiendes? Las librerías de esas cadenas son unos lugares que más vale no frecuentar, unos no-lugares, como diría Marc Augé. Mi librería será un sí-lugar. Yo no tendré clientes y *consumidores*, como decís los economistas, sino personas a quienes brindaré cortesía y respuestas, que no se sentirán perdidas como en un supermercado ni experimentarán la sensación de inferioridad que producen los establecimientos para bibliófilos, esa gente que trata a los libros como si fuesen unos monumentos que hay que mirar sin poder tocar. Mi tienda tendrá un rostro humano. Procuraré que la restauración del local cueste poco, meteré muebles de segunda mano, calcula lo que costará ponerla en marcha y, digamos, un año de actividad, pero, te lo ruego, no me apabulles con tus malditos números.

Si bien me sentía ya atrapada en la maraña de la humillación, trataba de agotarlo para contrarrestar su cínica contraofensiva. Tenía que convencerlo.

—Tu entusiasmo me conmueve, querida, pero te digo ya que el mundo, la vida, incluso la actividad reproductora de los animales, todo, en pocas palabras, gira alrededor de esos malditos números.

—La única alternativa es vender la tienda, pero eso supondría matarla. Un homicidio voluntario.

Exhaló un largo suspiro. El delito lo asusta. Quizá.

—Ganarías un buen pico, noventa y cinco metros cuadrados con altillo en pleno centro valen, a ojo de buen cubero, más de un millón de euros. En cualquier caso, de acuerdo, probaré. Estudiaré el asunto y te prepararé un informe de factibilidad. Tengo un par de clientes relacionados con el mundo editorial y no quiero que te deprimas. Sólo trato de evitar que te juegues tus ahorros. Tienes un hijo que mantener y gozas de una magnífica salud, tesoro.

Alberto, que es para mí el hermano que nunca he tenido, se había levantado de la mesa con aire de resignación, se había acercado a la puerta y, una vez allí, me había dejado helada con una risa sardónica, la misma con la que había conseguido llevar al altar a mi amiga del alma. Alberto es alto, fascinante, conserva una cabellera abundante impropia de un asesor fiscal y, tras su apariencia racional y escéptica, oculta un ánimo dulce y generoso. Me abrazó sin traicionarse a sí mismo.

—Ya que estamos, acuérdate de dedicar una estantería a las historias desafortunadas. Estadísticamente son más frecuentes que las felices.

La estantería de los «Corazones destrozados», que se encuentra en el piso de arriba, está dedicada a él con una tarjeta dorada. Él: el asesor fiscal que me permite vivir en paz ocupándose de los códigos de barras y de las facturas y que me autoriza a organizar el almacén con un registro en el que anoto *a mano* los títulos, los editores, las novelas que he vendido y las que debo reponer. En mi librería, de hecho, no hay ordenadores. Desde que leí que al menos veinte millones de italianos sufren de estrés a causa de las nuevas tecnologías y que la lectura de e-mails y de SMS reduce el coeficiente de inteligencia tengo un buen motivo para vivir sin una dirección de correo electrónico. Me doy el gusto de hacer una sola cosa a la vez. Habi tuarme a no manejar varios asuntos simultáneamente me resultó tan complicado como aprender un nuevo tipo de gimnasia. Ahora, en cambio, me enorgullezco. He dedicado un rincón al legado de la tía Linda, un verdadero tesoro de sobres y de papel de correspondencia de color pastel bordeado de violetas, de ramilletes de lápices Caran D'Ache con el grado de dureza adecuada, tres tinteros, un montón de cua-

dernos con las tapas negras y los cantos rojos, mojadados de esponja, saquitos de gomas, un paquete de lacre rojo, pasadores y chinchetas con la cabeza de colores, borradores de pizarra de fieltro, tarros de Coccoina y de Vinavil, un único ejemplar de carpeta de piel roja con la tapa de potro y el estuche incorporado. En la trastienda de la papelería encontré una Lettera 22 Olivetti, una joya desvencijada que, gracias a la meticulosidad del único artesano milanés que todavía aprecia ese tipo de máquinas de escribir, puedo exponer hoy en la estantería de las novelas epistolares.

Mattia fue el único miembro de la familia que me apoyó.

—Lo más absurdo que le puede suceder a un hijo que conserva los libros escolares en su envoltorio original de celofán es tener una madre librera —dijo. El entusiasmo de mi hijo y el par de guantes pequeños de algodón que aparecieron por casualidad en un cajón de mi tía fueron el viático definitivo.

Ahora me encuentro a mis anchas entre los amores de papel.

Amores seguros que no se desvanecen en una telaraña de arrugas y que han acallado la preocupación compasiva de mis amigos, de mis ex maridos y de mis ex amantes, quienes estaban convencidos de que en el terreno amoroso yo sólo había seguido lo que ellos, los sabihondos, denominan evolución. Es mucho más sencillo: simplemente me he limitado a dar por zanjado el tema. Eso es todo. Y diez años después de que me fugase a Laponia ya no siento náuseas y malestar, mis quimeras están ahora a buen recaudo, en los momentos de desasosiego me basta abrir una buena novela para eliminar la necesidad de enfrentarme a los amores reales.

Soy una mujer realizada.

Paso el trapo por las «Moradas del amor», las alcobas y los hoteles donde se han consumado los matrimonios más sólidos y los enredos ilícitos; la «pequeña y encantadora casa de campo de dos pisos con una verja semicircular» de Margarita Gautier, el «vestíbulo con el suelo de mármol de colores» del intrigante Dambreuse, la «caja bañada de madera de abeto sin barnizar» donde la Connie del suicida David Herbert Lawrence no hacía otra cosa que esperar, las casas londinenses de Thomas Carlyle en Chelsea y de John Keats en

Hampstead. No he vendido muchos ejemplares durante el Salón del Mueble, a saber por qué, quizá los carpinteros y los diseñadores no se enamoran. Faltan unos minutos para las diez, el tiempo justo para una taza de té a los cítricos.

Subo las escaleras orgullosa del orden monacal que reina en las mesas y en las estanterías. Por las páginas de *Ballades d'amour à Paris* (una copia única en idioma original que compré a un colega de París) asoma una banderita de color amarillo fluorescente. Detesto que manoseen los libros, pero la culpa de que la gente se comporte en este sitio como si estuviese en su casa la tiene mi tolerancia. Alguien ha dejado una marca y por suerte no ha doblado la esquina de la hoja. Arranco con delicadeza la etiqueta adhesiva para no desgarrar el papel. En ella aparecen escritos con rotulador verde un nombre y un número de teléfono. Ese nombre. ¿Será posible? Lo es.

—Te he comprado un bollo, todavía está caliente, ¿quieres que te lo suba?

Alice tiene la cara enrojecida a causa de la gimnasia, y su pelo mojado tiene el aroma a vainilla del bálsamo.

—Gracias, bajo en cuanto acabe de colocar las cosas en su sitio. Ve abriendo mientras tanto, es tarde.

Llevo ya veinte minutos sentada en esta silla tratando de ordenar mis ideas. Pienso que se trata de una broma, de una coincidencia o de una casualidad. Federico es un nombre bastante corriente. Busco en el cajón la calculadora que Mattia me regaló por Navidad, un juguete de color rojo rábano con teclas amarillas que recuerdan a los botones de un abrigo. Jamás la he usado. La enciendo. Funciona. Treinta y uno por doce por cincuenta y dos por trescientos sesenta y cinco por veinticuatro, dan como resultado treinta y un años, trescientos setenta y dos meses, mil seiscientas semanas, once mil trescientos días. Hace, por tanto, doscientas setenta y una mil seiscientas horas que no lo veo. Más o menos. No había vuelto a saber nada de